





# MALAS HIERBAS



Manuel Hermo Santiago

# MALAS HIERBAS



Primera edición: octubre 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Manuel Hermo Santiago

ISBN: 978-84-18958-00-7

ISBN digital: 978-84-18958-01-4

Depósito legal: M-26538-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Quérote, Raquel*



## Prólogo

Hola, Helena, hace tiempo que no paso por aquí, pero hoy por fin me atreví.

Los pinos son más altos de lo que recordaba y olvidaba aquella sensación de protección que la naturaleza siempre aporta. Debe ser un vistazo rápido..., me están esperando. Intentaré estar a las ocho en la estación. Vamos a Brétema a acabar con esto.

Hemos hablado de este tema en muchas ocasiones, pero es muy difícil aceptar la normalización de cosas tan oscuras en esta época que vivimos, ya sé que siempre me dices que hay que aprender a vivir con ello, pero hay veces que es superior a mí.

Son muchas cosas, demasiadas: la violencia de género está incomprensiblemente normalizada, los despilfarros en lujos y demás tonterías, los robos y la delincuencia, el racismo, la indiferencia con la naturaleza, las explosiones, el hambre, el abuso policial... y las drogas, sobre todo aquí, en Galicia.

Hay chavales que meten una raya de coca en una terraza y la gente los ve con la misma normalidad que como si estuvieran tomando un café con leche. Esta es la edad que nos tocó vivir.

La raza humana y el poder son tan incompatibles como la ciencia y la religión, esa es la única verdad absoluta que conozco. Todo es una farsa: mienten, roban, gustan de negocios con el narcotráfico, gastan dinero público en lencería, viagras y cocaína... ¿Cómo no va a estar esta gente detrás de todo esto? Sé de primera mano que *Gigante* guarda relaciones estrechas con el presidente. Sin su ayuda, la Krakendil jamás habría cruzado tantas fronteras.

Tú y yo pudimos ver lo que está pasando con nuestros propios ojos: en la cama de aquel hospital no había un cuerpo... ¡Había un cadáver vivo! Nunca olvidaré esa última imagen suya...

Aun así, la información que sale de los medios de comunicación y de los depósitos de cadáveres atribuye la causa de estas miles de muertes a una nueva enfermedad, un virus mortal.

El hecho de que la prensa y la televisión quieran ocultar la verdad es otra evidencia más de la complicidad del Gobierno. Harán todo lo que esté en sus manos para que toda esta bomba enfermiza no explote y salga a la luz.

Estoy imaginando al presidente con Gigante, acordando distribuir la Krakendil por todas las regiones, brindando, riendo con malicia, frotándose las manos no solo por las muertes de sus enemigos, sino también por la gran cantidad de pasta que obtendrán a cambio... dos pájaros de un tiro.

Ayer estuve con él en el cementerio, se acercó a mí a darme el pésame con toda la hipocresía del mundo. No pude contener mis palabras. Le dije a Gigante que iríamos a por él y creo que metí la pata. Sabe que será atacado.

Qué bonito es el mar, Helena..., maravilloso... No lo valoramos porque nacimos y crecimos junto a él, pero hay gente que muere sin conocerlo... Adoro estas calas, el lugar de donde nunca debimos marchar.

Mis ojos no hacen más que visualizar hologramas de toda la cuadrilla en aquella tarde. Algunos están montando las tiendas de campaña, otros colocando palés sobre la hoguera y otros tirándose al mar desde la Mula..., qué tiempos aquellos..., a veces parece que todo está escrito en la vida de cada uno.

Así estuve durante pocos minutos sobre esta rugosa arena, recordando todo lo que perdimos después de aquella tarde. Esta historia empezó saliendo de este sitio y, hoy, mi desenlace comenzará a escribirse en cuanto salga de estas mismas calas una vez más, tantos años después.

Suspirando, eché la mirada a la cintura y observé mi arma para ver mi pasado, presente y futuro reflejados en ella. Sí, te escribo para decirte que marchamos a Brétema. Quizás esta sea la última vez que hablamos, pero, después de lo que vi en el hospital hace dos días, tengo la obligación de responder por esto, por las miles de víctimas de la Krakendil.

Un abrazo, comadre.



# PARTE I

## LOS SUSURROS DE UN SUEÑO



# 1

*Ya sé que cuando alguien muere se vuelve de repente maravilloso para todo el mundo. Quiero decir: estoy viendo demasiadas lágrimas de cocodrilo por Candea.*

*Malpica fue duramente criticada en su día, pero hoy es inolvidable para todas esas sucias bocas. Todo el mundo centró la atención en los errores que cometió y solo ahora se habla de lo buena que era... ¡Cuánto falso arrepentido estoy viendo!*

*Me da mucha rabia. Si Malpica estuviese viva, sería la primera en burlarse de todos esos hipócritas. Sí, yo puedo decir que realmente fui su amigo. Compartimos infancia, risas, lágrimas, fiestas... y esto es un hostión que llevaré conmigo siempre.*

*No eras tú la que tenía que morir... pero, en fin, nos vemos de aquí a un poco, compañera. Al fin puedes descansar en paz.*

Eran las nueve de la mañana de un cálido agosto. Suevia estaba sentada en su banco habitual mientras olvidaba las responsabilidades, tan solo quería aliviar la tristeza que llegaba a ella en cada uno de sus despertares.

Cuando más sufría, a diferencia de los demás jóvenes, era en las vacaciones de verano. Las horas de la mañana resultaban largas y agonizantes para ella. Su *grinder* daba vueltas, igual que su cabeza. Sensibles recuerdos de tiempos anteriores perturbaban su paz. Le ocurría siempre que ninguna droga cambiaba sus ánimos.

No tenía fuerzas para poderse cuidar. Nada más despertar por las mañanas, su garganta le exigía el sabor del cannabis de manera inmediata. Tal era su vicio por dicha planta que suprimió horas de comida para ahorrar dinero y poder comprarla.

Piel blanca, cabello oscuro, ojos turquesas... Le gustaba mucho vestir con camisetas básicas y vaqueros cortos en verano, en invierno solía vestir sudaderas con capucha. Suevia era muy afín a las vestimentas de colores vivos, algo que contrastaba bastante con la oscuridad de sus ojeras.

Le gustaban los tatuajes, pero nunca tuvo oportunidad de hacerse uno porque el poco dinero que tenía se lo gastaba en porros y en coca. Siempre pensó que acabaría haciéndose uno... pero no era consciente de que su muerte estaba muy cerca...

Era una muchacha que medía metro sesenta y cinco, pero su peso era estrictamente ligero. Su cabeza mezcló el hambre con el mono y eso la llevó a un laberinto donde era cautivada por la marihuana como Ulises por el canto de las sirenas.

Sus amigos llevaban años preocupados por ella, pero no había quien consiguiera que entrase en razón ni tampoco que comiese al menos dos veces al día. Aun teniendo veintitrés años, se sentía vieja. Mientras mojaba la pega del papel de liar con la lengua, asumía una vez más que ya no era aquella persona.

Suevia pensaba que las cosas habían cambiado mucho desde que era una alocada adolescente hasta ese día, pensaba especialmente en los centenares de personas que vienen y van como las aves migratorias, asumiendo que todo aquel que pasa por nuestra vida casi siempre acaba correspondiendo a una etapa diferente de la misma.

Poco pudo saber de sus progenitores. Su padre fue presa del cáncer al poco tiempo de nacer ella, por lo que no llegó a conocerlo. Cuatro años después, los Servicios Sociales apartaron a los niños de su madre, ya que, poco a poco, acabó por ignorarlos por completo, encerrada en su salón, sin apenas levantarse del sofá, con jeringas usadas esparcidas por la alfombra.

Aquellos años fueron terribles y traumáticos. Antón, el primogénito, tenía once años cuando sus abuelos paternos recibieron su tutela, Suevia tenía cuatro.

Fueron muchos días en los que los dos hermanos zarandeaban a su madre con impotencia para que abriese los ojos, estando prácticamente inconsciente por los efectos de la heroína. La pequeña siempre solía acabar llorando desconsoladamente, pero el mayor guardaba el dolor dentro, con coraje, para que su hermana no se pusiera todavía peor.

Suevia, a diferencia de Antón, solo conoció a su madre cuando ya estaba en la cima de su degeneración, por lo que se puede decir que no llegó a conocer a ninguno de sus dos padres.

Ella era muy pequeña cuando pasó a vivir con sus abuelos, mas su mente hizo que no olvidase nunca aquella mirada perdida, aquellos torniquetes amarrando su brazo, aquellas inyecciones que ella misma presenciaba... y aquellas reacciones ante estas.

Todos tenemos un monstruo en nuestra infancia del que huimos pero encontramos en nuestras pesadillas: payasos, arañas gigantes, fantasmas, demonios, serpientes... pero el único monstruo que aterró y persiguió a Suevia durante años fue el cadavérico, pálido y enfermizo rostro de su madre.

Aquella cara endemoniada y siniestra se le apareció muchas noches mientras dormía, sonriendo, mostrando dientes oscuros, acercándose a ella a una velocidad paranormal, soltando gritos, carcajadas agudas, descontroladas e intimidatorias.

Siempre se despertaba empapada en sudor, con todos sus cabellos rígidos como si acabara de sufrir un ataque de electricidad. La maldición de su madre siempre estuvo presente en el rincón de aquellos recuerdos que no quiere recordar... pero que lamentablemente nunca podrá olvidar.



## 2

Lizzy salía de trabajar una madrugada más junto a sus compañeros. Este ya era su tercer verano trabajando de camarera en una discoteca de Oxford.

Había noches que eran tremendamente difíciles: agobiantes tsunamis humanos pidiendo copas constantemente, peleas, borrachos infumables, algún que otro vómito que limpiar... pero aquella noche sería la última. Septiembre estaba a las puertas y Lizzy acabaría su contrato, ya había conseguido el dinero que quería.

Vivía en una pequeña aldea llamada Bibury, pero no tenía problema para desplazarse al trabajo, pues poco tardó en establecer amistad con los compañeros, especialmente con uno.

Charles, treinta y cinco años de edad. Tenía su vida felizmente organizada en Barnsley, con esposa y dos hijos pequeños. Como Bibury le quedaba de camino, siempre solía parar allí para coger a Lizzy e ir juntos a la discoteca.

Después del trabajo, se marchaban juntos a un motel y volvían a sus hogares los domingos por la mañana. Contra la voluntad de su conciencia, Lizzy siempre acababa manteniendo relaciones sexuales con Charles al final de la noche.

A él le bastaron pocos fines de semana para enamorarse de la muchacha, pero ella mostraba más frialdad. Ahí estaban ambos, desnudos, tumbados en la cama después de consumir el acto sexual por enésima vez.

—Mañana le pienso decir toda la verdad a Natalie —confesó él después de un largo silencio en la habitación.

—No deberías, Charlie, hazme caso, no renuncies a tu familia por algo que sabes que no existe —respondió ella justo antes de darle una calada al cigarro.

—Lizzy, tengo que preguntártelo una vez más: ¿de verdad nunca sentirás algo por mí?

—Ya te lo dije y pensaba que te había quedado claro... solamente somos dos amigos que buscan divertirse, por eso no quiero que dejes a tu mujer, lo siento... puede que yo no esté hecha para el amor.

—¿Entonces por qué te marchas? ¿De qué tienes que huir si no hay nada entre nosotros?

—Porque siento vergüenza... Llevamos ya casi dos años follando después del trabajo mientras tu familia espera a que vuelvas... tienes treinta y cinco años, yo dieciocho... ¿De verdad piensas que podemos llegar a ser algo? No te quiero, Charlie, pero sí me gustas, por eso me marcho a Galicia, para recordarnos a ambos donde está nuestro lugar.

Charles no replicó las palabras de Lizzy y se tumbó de lado para intentar conciliar el sueño. Aquella moza le devolvía una juventud perdida cada noche que pasaban juntos. Fueron muchas las veces que le dijo que iba a abandonar a su mujer, que era ella a la que quería realmente, pero Lizzy no compartía la misma ilusión.

Sí que fue víctima de la pasión durante las primeras noches, pero poco a poco empezó a convencerse de que lo que hacía no era próspero ni correcto, lo que hizo que aquellos encuentros en el motel fuesen siendo más distantes, hasta el punto de ser dos desconocidos haciendo el amor entre esas paredes.

A la mañana siguiente ambos se marcharon de Oxford en el coche. A diferencia de otros domingos por la mañana, los amantes no se dijeron palabra. Al llegar a la entrada de Bibury, Charles paró el coche para que Lizzy bajase. Antes de que ella abriese la puerta sin apenas mirarlo, el hombre la tomó de la mano con dulzura y le dijo:

—No te volveré a ver, ¿verdad?

—Esa es la idea, Charlie... —Lizzy contuvo las lágrimas, se inclinó hacia su compañero y le dio un beso en la mejilla—. No estás triste, cuida de tu familia y ten un buen recuerdo mío.

Charles no lo pensó dos veces y besó a la joven en los labios. Ella no se apartó. Sabía que ese beso se trataba solamente de la despedida definitiva. Aquella pasión de las primeras noches volvió a surgir en ella en ese momento. Ambos compartieron besos y caricias durante varios segundos.

No, Lizzy no quería a Charles, no lo consideraba el hombre de su vida, mas le echaría de menos. Él al fin separó los labios de los de su amante, ella le acarició las mejillas con una sonrisa y abrió la puerta del vehículo. Aquella mañana fue la última vez que se vieron.

La muchacha empezó a ejercer el oficio de camarera con solo dieciséis años para poder ahorrar. De primeras, ese dinero iba a ser invertido en los estudios universitarios. No obstante, poco después de que Lizzy empezase a intimar con Charles, decidió que esos ahorros serían para vivir fuera de su país durante un año. Y por fin llegaba ese momento.

Su padre era un humilde escritor inglés y su madre ejercía de educadora en un centro de secundaria. Ambos eran de religión protestante, de la misma forma que Lizzy.

Debido a sus creencias, la joven británica consideró que viajar a Enxebre, ciudad de destacable culto cristiano, era la mejor manera de que Dios perdonase sus pecados con Charles.

No estaba segura si recibiría tal perdón, pero sí de que la distancia acabaría por hacerle olvidar los errores cometidos. Aquella decisión había sido más bien simbólica, una excusa para marchar lo más lejos posible.

En quince días los pies de Lizzy pisarían Galicia. Cursaría en esa ciudad el primer año de Filología Inglesa. La mitad del dinero ahorrado en el trabajo fue usado para pagar la matrícula, pero sabía que la novela que su padre estaba a punto de publicar sería de gran ayuda económica para todo el año.

A pesar de tener prácticamente preparadas las maletas, a pesar de sus ansias de volar (o de huir), aún le quedaba lo más importante por hacer. Por muchas viviendas que mirase en Internet, Lizzy no logró encontrar un piso acorde con sus recursos económicos.

Nada más entrar en su casa, saludó a su madre y se dirigió a su habitación para seguir buscando un techo en el que vivir en las tierras de Enxebre.

En aquella precisa tarde, una amiga le envió por correo electrónico el anuncio que tanto tiempo había estado buscando. El precio del alquiler de ese piso sí se correspondía con sus posibilidades. Al ver que el texto estaba escrito en castellano, intentó traducirlo por su cuenta, pero las abreviaciones y faltas de ortografía hacían el contenido un tanto complicado, de manera que lo pasó por un traductor automático.

Justo después, cogió el móvil e hizo una llamada al contacto que había en el anuncio para saber más sobre ese piso, intentó hablar en castellano tan claro y conciso como ella se podía permitir.

—¿Hola? —inició—. Yo soy Lizzy Wilson, de Bibury, llamo por el anuncio.

—Ah... sí —contestó rápidamente la receptora—. ¿Qué estudias, Lizzy?

—Voy a hacer el primer curso de Filología Inglesa allí.

—¡No me digas! Ja, ja... yo estoy estudiando esa misma carrera.

—Entonces podría ser de ayuda para ti, como puedes imaginar soy inglesa.

—Sí, ya tenía la impresión de que no eras de por aquí, en fin, dime cuándo llegas a Enxebre para que mi amigo Alberte te dé las llaves y ya te puedas instalar al momento.

—¿Entonces listo?

—A ver, el piso está bien, pero deberías echarle un ojo antes de firmar el contrato.

—¿Un qué? —la conversación estaba siendo dura para la joven.

—Que, si yo fuese tú, vendría a mirar el piso, para dar tu opinión, ¿sabes?

—Sí, pienso que sí... Dentro de pocos días tengo el avión a Galicia, un día antes de volar os digo.

—¡Está bien! Voy a informar a mi amigo.



### 3

Cuando terminó de hacer aquel rutinero porro, Suevia hizo prender fuego de su mechero y se fijó en las increíbles vistas de su pueblo pegado al mar. Esta vez quiso levantarse del banco. Quiso cruzar la carretera para llegar al muelle y fumar allí, con el mar a sus pies.

El canto de las gaviotas, junto al compás del humo, le proporcionaba paz interior mientras veía llegar a los barcos pesqueros, mientras los brillantes rayos del sol danzaban sobre las olas del mar como si fuesen dos enamorados. Sus demonios caían dormidos y su pesar se disfrazaba de su particular y favorita niebla.

Como en la mayoría de pueblos gallegos por aquel entonces, buena parte de sus habitantes consumía drogas. Algunos lo hacían por diversión, otros por inclusión social... y otros por huir de algo. Suevia era de este último sector: huía de su pasado. Eso hizo que se ganase muchas enemistades, muchas voces que le reprochaban su falta de entereza y carácter.

Varios de los que un día fueran amigos suyos ahora la insultaban y despreciaban como si fuese una perra callejera y pulgosa. Lo que ella no sabía era que aquellas acusadoras voces acabarían por llorar y lamentar su inesperada muerte, atormentados por la culpa y el arrepentimiento.

A pesar de los insultos y desprecios, todo el que la conocía era consciente de que, desde sus orígenes, siempre estuvo dispuesta a ayudar a los demás.

Si un amigo pasaba por una situación difícil, ella siempre se sentaba a su lado y decía algo que le daba fuerzas para levantarse y

continuar o, simplemente, permanecía allí en silencio aportando su compañía. Así era Suevia: una carismática e insegura joven querida y odiada por muchos.

Al llegar a la mitad del canuto, su teléfono móvil comenzó a sonar: la que llamaba era Helena, una muchacha de su misma quinta. Su aspecto era considerablemente nórdico por su pelo claro y celestes ojos. Una rama de su familia provenía de Polonia, de ahí su físico.

—¡Hola, Helena! —saludó efusivamente.

—Buenos días, Malpica, ¿tienes la mañana ocupada?

—¡Qué va! Estoy aquí en el muelle desayunando.

—¿Entonces vienes con nosotros a Enxebre a ver el piso?

La moza se levantó del muro que separaba el mar de la tierra. Decidió terminar su desayuno mientras regresaba a Baralla, su barrio y el de sus camaradas. El Suzuki de Helena ya esperaba a Malpica en la puerta de su edificio.

En el asiento del copiloto estaba Claudio, quien, con un definido bigote, aparentaba más madurez y, a la vez, peligrosidad; acostumbrado a ir siempre con camisetas sin mangas, sin importarle que las cicatrices del hombro y del antebrazo estuvieran al descubierto. Nunca tenía frío.

Llevaba ya un par de años vendiendo marihuana en Enxebre y, con el paso del tiempo, pasó a ganar más dinero que muchos obreros. Ahora le tocaba volver a la vieja rutina.

A diferencia del resto, Claudio no nació en Galicia, sino que llegó de Venezuela, de la mano de sus padres y hermanos, con la edad de cuatro años. Su entonación era latina, mas hablaba con acento gallego. Claudio siempre fue algo seco en lo que respecta a lo superficial, pero también era honrado, humilde y, sobre todo, un joven muy sentimental.

En la parte de atrás se encontraba Alberte, un alegre y musculoso joven de ciudad. Parte de su bello rostro estaba oculto por una melena que le llegaba a los hombros y una densa y oscura barba. Era de los pocos mozos de Candea que sabía tocar la gaita.

Decidió aprender a tocarla después de que la desgracia llegase a su vida.

Su hermano menor había muerto años atrás por una sobredosis de heroína. Siempre solían pincharse juntos cuando eran más jóvenes, bien tumbados en la playa, observando las estrellas mientras un veneno orgásmico recorría sus venas, o bien en su propia habitación.

Nunca habían tenido problemas... hasta esa mañana. Alberte se despertó en su cama para descubrir que el cadáver de Fran yacía al otro lado del colchón, con la jeringa todavía en el brazo, con sangre seca pululando en sus labios y orificios nasales... y con restos de espuma y vómito alrededor de su boca.

Alberte no se volvió a inyectar heroína, no le hicieron falta ayudas externas, una fuerza superior que pocos conocen le hizo soportar una dura abstinencia hasta conseguir olvidarse de ella y de sus efectos mortalmente placenteros... Con el tiempo aprendió a vivir con el trauma de haber abierto los ojos y encontrar muerto a su hermano menor.

Aquel despertar le salió bien caro. Sus padres le culparon de la muerte de Fran, recriminándole que su deber era cuidar a su hermano pequeño y no dejarlo ir por el mal camino. Nunca le llegaron a perdonar del todo.

Las consecuencias fueron tales que, desde entonces, Alberte vivía solo en una casa que tenían sus padres en Pantera, el barrio candeano donde vivían los apellidos más poderosos del pueblo, mientras que sus padres pasaron a residir en Morgana, una ciudad próxima. Entonces, se podría decir que la familia Fraguas perdió a sus dos hijos después de aquel despertar.

Claudio, Helena y Suevia, por el contrario, siempre vivieron en el barrio de Baralla, lugar de gente noble y más humilde, de lo que estaban orgullosos. El hecho de levantarse todas las mañanas y ver el cristalino mar desde sus ventanas era, para ellos, el mayor de los privilegios.

Estos cuatro veinteañeros, amigos inseparables desde la guardería, iban a las tierras de Enxebre a observar el piso en el que tres

de ellos vivirían todo el año. Helena iba con ellos por un motivo que era más bien una excusa para pasar la mañana fuera del pueblo. El apartamento era propiedad de los padres de Alberte y, por tanto, ellos pasarían a ser sus arrendadores.

Sí, cada uno de ellos escondía problemas y carencias en su interior. Pocas veces los exteriorizaban. Con el tiempo aprendieron a convivir con una sonriente máscara, aprendieron a hablar solo de temas alegres... e incluso aprendieron a hacer humor de sus propios males.

Entre risas acabaron por llegar a la calle donde estaba el piso. La calle era bastante estrecha y estaba algo lejos del centro de la ciudad.

Los cuatro muchachos entraron por la rugosa puerta del primero A. El salón estaba justo al lado de la entrada, poseyendo un enorme mueble para los libros, las copas, la televisión y demás aparatos domésticos.

Sus sofás eran pequeños y de duro cojín, aunque había numerosas sillas y una larga mesa para las comidas. La cocina estaba conectada a la sala por medio de una ventana cuadrada.

Con respecto a las habitaciones, todas daban a la calle menos una, la cual tenía una pequeña ventana que daba al cuarto principal.

Alber les contó a sus amigos que eso era anteriormente una especie de trastero para guardar los objetos inútiles hasta que decidieron adaptarlo para ser alquilado como dormitorio.

—Pero mira —se expresaba Suevia—, tampoco tiene radiador, ¿quién se va a quedar con este saco de ladrillos?

—Pues el nuevo compañero —contestó Alber.

—¿Cómo? —se extrañó Claudio.

—Sí, por lo visto tenemos que ser cuatro para alquilar este piso. Son cosas de mi padre, tíos.

—Chavales, ¿por qué no ponéis un anuncio en Internet? —intervino Helena mientras se arreglaba el flequillo—. Así encontraréis compañero en nada.

Suevia y Claudio temían dar con un compañero que no fuese el adecuado para sus intereses. Si pasaba un extraño a convivir con ellos, tendría que ser tolerante y discreto con ciertas cosas.

Consideraban que lo mejor que podía pasar era que el nuevo compañero fuese alguien ya conocido, alguien que ya supiese por qué pie cojeaban. Con todo, en aquel momento no eran conscientes de que la integrante número cuatro se encontraba en tierras anglosajonas.



La marcha de Lizzy representaba el inicio de un nuevo y apasionante capítulo en Galicia. Las jornadas fueron pasando lentamente para ella. Fueron quizás las dos semanas más largas de su vida. A medida que el sol se ponía día tras día, una sensación de nervios y curiosidad invadía su corazón.

Siempre se despedía de la gran estrella frente al lago, el lugar que más simbolizaba su infancia y sus recuerdos más profundos. Siempre se fumaba un cigarro mientras tiraba piedras planas para que rebotasen sobre el agua.

Ese sería el último día que contemplaría el lago de su tierra y de su vida. El agua era tan cristalina y brillante que parecía un inmenso espejo, reflejando los últimos rayos del sol. Aquel lugar era encantado por la compañía de robustos y sublimes árboles, pero sus mejores virtudes eran el silencio y la tranquilidad.

Se despidió de aquel bello paisaje mientras apagaba el filtro que tenía entre los dedos y daba la vuelta, fijando su vista en el camino, dejando atrás Inglaterra y sus recuerdos. Nunca suele girar la cabeza mientras se marcha, pero esta vez lo hace, esta vez mira hacia atrás para besar aquel lugar con los ojos, porque sabe que no volverá en mucho tiempo.

La joven Wilson amaneció con la maleta hecha a los pies de la cama, se levantó y observó las diversas medallas colgadas en la estantería que había ganado compitiendo en el *cricket* y, ya desde primaria, en el tiro con arco.

Mientras admiraba aquellos objetos cargados de tanto pasado, se hacía a la idea de que los estudios, las copas tomadas, servidas y levantadas, las partidas de póker, los veranos, las hojas de los árboles, los instantes de placer..., todo quedaría minimizado durante un largo año en un país diferente.

Besó a su madre entre lágrimas en aquella estación de autobuses. Ella solo quería empezar a construir una vida diferente a la anterior.

Justo antes de subir al vehículo, la señora Wilson le dijo que esta temporada que entraba sería decisiva y fatigosa, pero que volvería a Bibury convertida en la mujer que será hasta el día de su muerte. A pesar de sus deseos de marchar y olvidar, echaría de menos a sus padres, a sus amigos... y a Charles.

Sus ojos e imaginación se introdujeron en el universo que ofrecían las páginas de *Carrie*, la primera novela de Stephen King, hasta que se dio cuenta de que las nubes se habían quedado arriba.

El corazón empezó a palparle con mayor intensidad mientras observaba aquellos verdes campos y coches conduciendo por el lado derecho. El avión siguió descendiendo hasta tocar la pista de aterrizaje con las ruedas.

Lizzy se quitó el cinturón de seguridad y salió del avión. Cogió la maleta y justo después decidió llamar a un taxi, el cual la esperaba en la entrada del aeropuerto.

Al llegar a aquella calle, le llamó la atención que hubiese un instituto justo enfrente de su edificio. Le trajo recuerdos ver cómo un grupo de adolescentes estaban fumando en la puerta del centro. Sacó de nuevo el papel que tenía en el bolsillo para saber cuál era el número del piso.

No obstante, una voz llamó su atención tras pronunciar esta su nombre. La moza miró hacia atrás y observó a un muchacho con una castaña melena y barba de una semana. Su vestimenta fue lo que más llamó la atención de la inglesa, pues todo era producto de poderosas marcas de ropa. «Este tiene *cash*», pensó.

—Hola, me llamo Alber, encantado de conocerte.

—Lizzy Wilson, encantada de conocerte también.

—Ven, vamos dentro.

Alberte quiso mostrar amabilidad cogiendo su equipaje y dándole las llaves para que fuese Lizzy quien hiciese los honores. Entraron al piso y Alber la guio hasta su correspondiente habitación.

En cuanto abrió la puerta, la británica observó una cama de noventa centímetros de ancho, un pequeño armario empotrado, una polvorienta mesa de estudio con el flexo fundido y en la esquina había una pequeña guitarra acústica. Las paredes no tenían yeso ni pintura, lo que hacía que los viejos ladrillos estuviesen al descubierto.

—... Pensaba que iba a tener radiador... o ventana... —dijo ella decepcionada.

—Mira, por lo menos ventana tienes, aunque da al cuarto de Claudio, pero tranqui, que le dije a mi padre que te pusiera una estantería y un radiador, no te preocupes.

—Bueno... la verdad es que cogí este piso muy a la desesperada, quizás me he precipitado.

—¿No tienes más sitios adónde ir?

—Lo demás es fuera de plazo o es económicamente imposible para mí y para mi familia, intentaré buscar un trabajo con el tiempo, cuando hable mejor.

—Tranquila, tendrás una compañía habladora, ¿una cerveza?

Alber la invitó a sentarse en el sofá para mantener una charla, la primera como compañeros de piso. A medida que iban hablando, el gaitero iba mostrando cada vez más su personalidad.

Por lo que le contaba y, sobre todo, por su mirada inspiradora, Lizzy consideró que estaba intercambiando palabras con una persona desinteresada, honesta y solidaria con su gente.

En medio de la conversación, sonó el telefonillo de la vivienda, Lizzy se imaginó que serían los otros dos compañeros. Sin embargo, Alber le confirmó que eran sus padres.

En primer lugar, entró un hombre de una excelente constitución física para sus años, portaba una americana de color azul

marino adornada por siete relucientes medallas de honor del Ejército.

Su moreno rostro iba acompañado por una mirada intensa y sociable, y, del mismo modo que Claudio, también tenía un bigote, pero blanco como un estrecho sendero de nieve, algo más fino que el del venezolano.

La señora también llevaba una vestimenta elegante, pero lo más destacable era el crucifijo de madera que llevaba colgado del cuello. Su mirada, en contraste, era más bien perdida, agotada, como si le costase vivir. Ella, a diferencia de su marido, no supo aprender a convivir con la trágica muerte de su hijo menor.

—Soy Francisco, encantado de saludarte, querida.

—Yo soy Carmen, la madre de Alberte, encantada.

Mientras Francisco ponía a prueba su inglés pobre pero atrevido con Lizzy, Alber estaba con su madre colocando las sábanas y objetos personales en el dormitorio. El muchacho no estaba muy contento consigo mismo, ya que, aun no teniendo la culpa, se sentía algo responsable por las condiciones del cuarto de Lizzy.

—Pues no se alegró mucho al ver la... la... el trastero... es que yo flipo, ¿cómo se os ocurre alquilar el puto trastero? —recriminó Alberte a su madre.

—Mira, hijo, son cosas de tu padre, yo no tengo nada que ver, además, ¿qué problema hay? ¿Que las paredes no tienen yeso? Tampoco es tan grave, por el frío del invierno la niña no tiene por qué preocuparse, tu padre quiere instalarle un radiador eléctrico en los próximos días... y vigila esa lengua, por favor.

Cuando salieron de la habitación, Lizzy y Francisco aún seguían contándose historias en inglés, por lo que Carmen no tuvo más remedio que interrumpir la conversación para poder marcharse.

—Lizzy, estamos aquí para lo que necesites, ¿vale? —dijo él con una sonrisa.

—¡Muchas gracias!

*No fue detectado indicio alguno de huellas dactilares y desconocemos completamente el tipo de arma con la que se llevó a cabo el asesinato en los servicios de la Facultad de Filología (Enxebre). Por lo tanto y lamentándolo profundamente por los familiares de la víctima, no nos queda más remedio que archivar el caso por falta de pruebas.*

Como todos los domingos, Suevia esperaba con resaca a su amigo y proveedor de marihuana. Permanecía sentada en los escalones de la puerta de un edificio con paciencia, recordando anécdotas graciosas de la noche anterior.

Tras unos minutos de espera, escuchó el acelerón de un coche de gasolina: era él. Abrió cuidadosamente la puerta del copiloto y subió al vehículo.

—Hola, Valle, ¿cómo andas? —saludó Suevia.

—Bastante bien, la verdad, creo que esta última novela me va a dar de comer por una buena temporada —contestó el camello—. Bueno, ¿cuánto quieres? ¿Veinte como siempre?

—Cómo lo sabes, amigo.

El proveedor metió la mano en la riñonera hasta sacar una bolsa que pesaba algo más de cinco gramos. Al ver la postura y su grosor, Suevia se sorprendió ante tal gesto de generosidad, pero supo que algo no iba bien cuando le dijo que no quería el dinero.

—Te lo regalo por todo lo que hiciste por mí, además eres de mis lectoras más fieles, lo mereces más que nadie. Esto es lo último que vendo, dejo el negocio, Malpica.

—¿Cómo que lo dejas? ¡¡Moncho!! ¡¡¡Por Dios!!! ¡¡¡¡No me hagas esto!!!! Ahora todo el dinero del pueblo irá solo para el cabrón de Fariña.

—Lo sé, no me hace gracia, pero las calles ya no están seguras, algo que no es una droga está a punto de entrar en la ría.

—¿Qué *carallo* dices? —preguntó Suevia entre risas, tomándolo como una broma.

—Deja las drogas, Suevia, tanto la coca como la marihuana, de verdad, para, porque los tiempos están cambiando de tal manera que incluso asusta... yo intentaré vivir de mis obras... tenemos que sobrevivir... cuídate, amiga.

Suevia salió del coche viendo cómo su ahora excamello pisaba el acelerador perdiéndose entre el asfalto. Sinceramente lo había visto asustado, pero no le dio la más mínima importancia. Se dirigió a su casa a terminar de hacer la maleta y marcharse.

Otro verano más volaba en su vida, ahora tocaba volver a la realidad: los estudios, la facultad, el frío, las feroces lluvias de Enxebre... Ella solo pensaba en llegar al piso y hacer un cigarro de marihuana para obtener un respiro y olvidar los problemas.

Llegó arrastrando la maleta hacia el portal del piso que había alquilado. Abundaba un calmado y sepulcral silencio en las zonas comunes del edificio. La tarde ya tocaba su fin y el ambiente se veía tan solitario y oscuro como una noche en plena madrugada. Subió las viejas escaleras y entró en el piso. Al virar la vista hacia el salón, observó a Alberte, quien se levantó para recibirla.

Los dos se dieron un abrazo, entraron en la sala e, instantáneamente, le presentó a Lizzy. Ambas se dieron cordialmente la mano.

Suevia observó fijamente aquellos ojos azules y brillantes, su pequeña altura, su cabello dorado, pero sobre todo su clásica vestimenta. Todos esos trazos formaban la apariencia de una moza realmente adorable. Malpica tenía ante ella a la desconocida persona con la que viviría todo el año.

Por su parte, Lizzy observaba aquellos gestos y lenguaje corporal que esa muchacha llevaba consigo, peculiares... muy peculiares.

Había entrado en el salón con una amarillenta sonrisa en el rostro, pero sus ojos reflejaban una tristeza incomprensible y, bajo ellos, unas ojeras largas y negras..., y delgada, estaba exageradamente delgada... «Esta tiene que andar en la droga, seguro», pensó ella.

—Qué bien no ser la única mujer que viva con este par de inútiles, ja, ja..., ya hablamos por teléfono, ¿recuerdas? Yo soy la que estudia inglés como tú.

—¡Oh! —se sorprendió Lizzy—. Es cierto, pues como te dije en la llamada, cuando quieras te ayudo con el inglés.

—No te rayes, amiga, hoy es festivo, ¡así que festejemos! —exclamó Suevia mientras sacaba la bolsa de hierba del bolsillo—. Claudio, Brais, ¿cómo vamos?

—Como siempre, compañera —contestó el primero.

—Hola, Suevia —dijo el segundo—. ¿Qué? ¿Manos a la obra?

—Justo ahora iba a hacer uno, sí, ¿por qué? ¿Quieres unas caladas?

—Ay, nuestra Suevia, qué chistosa es... —ironizó el muchacho.

Malpica se tomó a broma las palabras del novio de su amigo venezolano y encendió el mechero para prender la trompeta que tenía entre los dedos.

Mientras exhalaba el humo, cerraba los ojos y solo fijaba los sentidos en el sabor y en los efectos de aquello que permanecía enrollado y preso entre ese papel transparente, sin posibilidad de escapar del fuego y la ceniza.

Allí sentada en aquella silla, Suevia sentía cómo el mundo se ponía a sus pies..., se sentía en suspensión mientras observaba a sus amigos con los ojos bañados en rojo y con una alegre sonrisa. Ella solamente quería estar contenta, relajada.

Desde la primera vez que admitió ser una adicta al cannabis, no tardó mucho en dejarse de comparar con su madre, pues consideraba que ella fumaba algo que salía de la tierra, mientras que Sonia se inyectaba en las venas algo que salía de los laboratorios. Aun así, se podría decir que ambas estaban en la misma línea de dependencia y necesidad.

—¿Quieres probar, Lizzy? —propuso su compañera.

—No sé, nunca fumé una cosa de esas.

Sin darle apenas tiempo para acabar de decidirse, Suevia le pasó el porro a la inglesa, la cual dudó por unos instantes, pero se atrevió a enfrentarse finalmente a esa pequeña y misteriosa antorcha.

Tosió desgarradoramente en las primeras caladas, sin tener todavía claro si era correcto lo que estaba haciendo, mas en pocos segundos empezó a cerrar lentamente los ojos, mientras una alborotada calma la arropaba intensamente.

Tras unos minutos para dejar que la muchacha conociese el cannabis, Claudio le pidió educadamente que le acercase el cigarro. Él también miraba lo que tenía con deseo.

La inglesa fue consciente de su mirada ansiosa, desesperada por coger el cigarro y meterlo en la boca, exactamente la misma mirada que tenía Suevia justo antes de encender el mechero. No supo si darles la razón o tomar a ambos por locos; por el momento, Lizzy había decidido dejarse llevar.

—¿La hierba es de Valle? —preguntó.

—Sí —contestó Malpica—. Hoy estaba más raro... Me dijo que era lo último que vendía, que dejaba el negocio para siempre, me regaló cinco gramos sin comerlo ni beberlo...

—¿¿¿Cómo??? —se sorprendió Alberte—. Si lleva pasando droga desde antes de que lo conociéramos... Algo gordo le tuvo que pasar.

—Tanto consumo lo dejó tocado... Os juro que lo vi muy asustado, cuando bajé del coche, arrancó como si estuviese huyendo del mismísimo demonio —relataba Suevia—. En fin... supongo que viviendo contigo este año —giró la cabeza mirando a Claudio— no me faltará de nada, ¿no?

—Sí, mujer, por eso no te preocupes. Ahora vuelvo yo al negocio.

—Sí, sí, otro añito más —intervino Brais con decepción—. Y yo ya me estoy empezando a hartar de que vayas por las carreteras con varios kilos de hierba en el coche, aún no entendiste que yo estoy viviendo lo mismo que tú.

—Brais, necesito cuartos, si no hay trabajo, habrá que buscarlo por donde sea.

—¡Claudio! ¡Hay trabajos y trabajos! —respondió su novio alzando el tono de voz.

—Sabes que no —replicó de forma tajante.

—Bueno, hombre —dijo Alberte para calmar los ánimos—. Piensa que esto es solo temporal, Claudio no va a vivir de la droga toda la vida, ni cinco años, hay que entenderlo.

La conversación se mantuvo entretenida y con vida durante los siguientes instantes de la noche. Los candeanos le hablaron a Lizzy de su pueblo, de su gente, de sus playas de rugosa y clara arena, de sus señoriales montes... La británica visualizaba belleza en las palabras de sus compañeros a la vez que su mente permanecía relajada y en paz.

Entre risas, Lizzy no daba crédito a lo que estaba viendo y escuchando. Aquellos muchachos hablaban de sus experiencias con drogas con tanta naturalidad, incluso humor, que por momentos sentía leves escalofríos en la espalda.

«Eres lo mejor que me pasó en la vida... después de la coca», le dijo una vez un chico a su novia. «Yo ya no me drogo porque hoy dejé la droga en casa», dijo una moza en una noche de fiesta. «¿Viste qué buena memoria tengo? Cualquiera diría que tengo el cerebro destrozado por la droga, ja, ja», dijo otro joven un día. Estas, entre otras, eran frases y expresiones usadas por la juventud de Candea para arrancar una sonrisa a sus amistades.

Aquel que no fumase porros era un bicho raro, aquel que no se metiese coca era un bicho raro, un ser inferior para el resto de muchachos, incapaz de integrarse, de estar al tanto de la moda en los pueblos gallegos. Los que rechazaban las drogas eran repudiados y ridiculizados y los que no querían ser rechazados se drogaban.

Lizzy escuchó varias anécdotas relacionadas con la perspectiva hacia las drogas en Candea, como *Xaniño*, un primo de Suevia al que le dio por meterse una raya de cocaína con naturalidad mientras estaba ligando con una moza madrileña. Como era de esperar,

ella acabó por verlo con otros ojos y escapó de él. Xaniño había sido objeto de broma y chiste durante mucho tiempo por aquello.

También le hablaron de la gente de Candeia que trapicheaba, la británica alucinó al saber que en su círculo hubo entre cinco y siete camellitos de diferentes drogas como hachís, coca o incluso heroína.

En el fondo de su corazón, de toda calma o carcajada, Lizzy empezó a sentir algo semejante al miedo, miedo a haberse metido en el lugar equivocado, un lugar que le podría dar problemas, pero ya no había vuelta atrás para ella.

—¿Y tú vendes esto? —se dirigió la inglesa a Claudio.

—En sobradas cantidades —rio el aludido—. Aún no sabes dónde te metiste, ja, ja, ja.

Claudio y Brais no tardaron mucho en marcharse al dormitorio, quedando en la sala solamente Suevia, Lizzy y Alberte. La gallega ofreció a la inglesa fumarse otro para antes de ir a la cama. Ante tal petición, ella respondió inconscientemente en su lengua materna, lo que desconcertó a los dos mozos de Candeia.

—Lo siento —dijo—. Estoy muy colocada, fue sin querer.

—Ja, ja, ja, ¡falta me hace escuchar algo de inglés! —rio Suevia.

A pesar de todo pensamiento crítico, inseguro o pesimista, Lizzy estuvo, desde que llegó, prestando la mayor atención posible al idioma que estaba por aprender y descubrir, del mismo modo que el nuevo mundo que tenía bajo los pies.

La presencia de drogas en su piso le había causado incomodidad, sí, pero eso no frenaba sus ganas de volar. Bajo los efectos del cannabis, decidió quedarse con lo bueno de la situación y, una vez más, dejarse llevar. Su aventura comenzaba al día siguiente, por lo que esa noche había decidido disfrutar.

## 6

La alarma del móvil sacó a Lizzy de sus sueños a las ocho de la mañana. Enseguida sintió que su cabeza le pesaba tanto como si llevase puesto un casco de plomo. Con todo, decidió levantarse debido a una sólida actitud de tomarse el año en serio.

Sus pies hacían que su cuerpo bailase, sus ojos caían, su único deseo en ese momento era meterse en la ducha para que el calor del agua le aportase fuerzas. Su mente se iba despejando mientras un robusto chorro transparente sacaba brillo a su piel y a su pelo.

No tardó mucho tiempo en vestirse y en llamar a la puerta de Suevia. A la primera no tuvo respuesta, ni a la segunda, pero, a la tercera, la joven abrió.

—¿Qué pasó?

—¿Vienes a clase?

—No, qué va, tía —contestó Suevia—. Estoy muy cansada.

—Pero es que yo no sé llegar a la facultad —suplicó.

—... A ver, espera, me voy a vestir.

Lizzy esperó cinco minutos en una de las sillas de la sala hasta que Malpica salió de su habitación con una zamarra azul, cargando unas profundas y oscuras ojeras en su mirada, aún más estremecedoras que las de la noche anterior.

De primeras, la británica se sintió algo mal por sacarla de su insondable sueño, pero a ella no le importó levantarse de la cama para ayudarla.

Mientras caminaban, Suevia hablaba con la inglesa de forma abierta, personal y muy amigable, con tanta confianza que incluso

Lizzy estuvo a punto de contarle que había sido la amante de un hombre casado durante dos años, pero no lo hizo.

Nunca se atrevió a compartir su secreto con nadie por miedo a las posibles reacciones. Sabía que no era precisamente una historia por la que sentir orgullo, por lo que finalmente decidió callar.

Al llegar a la facultad, Lizzy se despidió de su compañera, la cual estaba tan cansada que quiso regresar al piso a dormir de nuevo. Justo después de darle las gracias, observó un enorme edificio con numerosas escaleras.

En los alrededores, los adolescentes gozaban de sus últimos quince minutos antes de entrar en las aulas, algunos se divertían haciendo malabares, otros tocando la guitarra ya a esas horas de la mañana, cantando canciones llenas de alegría y de grandes historias.

Lizzy respiraba vida en aquel lugar, vida, hermandad y armonía, la paz que llevaba tiempo buscando. Sus ojos se humedecieron de emoción. Una feliz y dinámica tranquilidad la estaba esperando en aquella facultad. «Los días de remordimientos se han terminado, al fin Charlie es cosa del pasado», pensó.

Llegó a la clase que le correspondía, subió unos pocos escalones y se sentó en una de las filas más bajas, sacando cuaderno y bolígrafo para atender toda la hora. A los cinco minutos de comenzar, otra muchacha abrió la puerta con rapidez y se disculpó simultáneamente a la profesora. Se dirigió a la fila donde estaba Lizzy y se sentó a su lado.

—Vaya coñazo —le dijo tras unos minutos de clase.

—Pues sí... un poco.

—¡Así que eres inglesa! No lo esperaba, la verdad... te veo cara de cansada... ¿Dormiste mal o es que ayer fumaste porros? —preguntó la compañera sonriendo de forma repentina.

—Ja, ja, ja —rio Lizzy ante tal capacidad de deducción—. Ayer fumé por primera vez.

—¿Y qué? ¿Te gustó?

—Fíjate si me gustó que ayer me fui para la cama convencida de que la marihuana era la planta de Dios... ¡Ja, ja, ja! ¿Tú fumas?

—La planta de Dios... ¡Ja, ja, ja, ja! Qué *pavera* la inglesa..., pues mira, yo llevo en la cazadora cien gramos de hierba, siempre suelo pasar en grandes cantidades, aparte de vender coca y demás, claro —explicaba mientras se pintaba la raya del ojo—. Si eso a un amigo le puedo vender veinte euros, pero siempre paso solamente de cincuenta para arriba, así el negocio es mejor.

—¿Llevas tanto contigo? Pues no huele nada.

—La llevo en bolsas envasadas al vacío, mujer, no hay que descuidarse, que no son cantidades pequeñas.

—Soy Lizzy.

—Encantada, yo me llamo Dalila.

Era una muchacha cuya apariencia contrastaba con la de Lizzy. Mientras la inglesa iba más descuidada con su pelo y ropa, Dalila solía llevar siempre el pelo planchado, sus labios lucían un avivado color rojo y su vestimenta estaba detalladamente cuidada.

Su cazadora negra de cuero y sus pantalones pitillo de color blanco hacían de ella uno de los mayores centros de atención de la facultad.

Y a diferencia de Suevia, los oscuros ojos de Dalila transmitían vida, emoción y picardía. Lizzy vio en ella a la que podía ser su compañera, una posible mejor amiga con la que compartir camino en una aventura. Ambas conectaron bien desde el principio.

Al escuchar el timbre, Lizzy propuso a su nueva amiga bajar a la puerta a fumar un cigarro y ella accedió. Nada más cruzar la puerta giratoria, Dalila aceleró su paso para saludar efusivamente a otros dos jóvenes y llamó a la británica para que se acercase.

—Santi, te presento a Lizzy, mi nueva amiga inglesa.

—¡Encantado, Lizzy! Este es Uxío, un amigo de toda la vida.

Los jóvenes que Lizzy acababa de conocer mostraban peculiaridad. Uxío era de piel morena, con un sobrepeso que le otorgaba respeto entre la juventud, sin importar estereotipos ideológicos, físicos o sociales. Sus vestimentas incluían una gorra de visera plana y una bandana morada que cubría su cuello. A pesar de lo que los demás pudieran pensar, a pesar de su corpulencia, la mirada de Uxío era inocente como la de cualquier niño.

El segundo, a diferencia del otro, compartía dos similitudes con Alberte: un vestir que llamaba la atención en términos de elegancia y la habilidad de manejar un instrumento musical, en su caso una guitarra española. Ambos eran completamente diferentes, pero al fin y al cabo eran íntimos amigos.

Los cuatro se sentaron sobre el césped que adornaba la facultad y empezaron a conocerse entre música, humo y experiencias pasadas..., algunas.